vengan : esto dijo y firmó conmigo y los de mi asistencia. Doy fe.

GABRIEL MARTINEZ. — ERNESTO MASSON. —
Asistencia, CÁRLOS GARCÍA.
Asistencia, FRANCISCO ARGUMOSA.

Tacubaya, Febrero 18 de 1854. — Levántese la informacion que se pide en la anterior comparecencia, cítese á los cocheros de que se hace mencion en ella, para que se presenten en este juzgado á declarar sobre los puntos á que se contrae, y en vista de lo que resulte se proveerá. Así lo mandó y firmó el Sr. alcalde con los de su asistencia. Doy fe.

MARTINEZ. — *Asistencia*, CÁRLOS GARCÍA.
Asistencia, FRANCISCO ARGUMOSA.

En 20 del mismo se presentaron los cocheros Antonio Espinosa, del carruaje núm. 2; Vicente Dominguez, por el núm. 3; Francisco Mayoral, por el núm 4; José María Maya, por el núm 6; Francisco Alcalá, por el núm. 7; Miguel Covarrubias, por el núm. 8; José Brazamonte, por el núm 9; Vicente Guzman, por el núm 10; Juan Duran, por el núm 11; Manuel Correa, por el núm. 12; José María Ramirez, por el núm. 16; José María Mallorga, por el núm, 18; Francisco Zedillo, por el núm. 22; Bruno González, por el núm. 25; Rosalío Garduño, por el núm. 26; José María Garduño, por el núm. 27; Francisco Mora, por el núm 28; Joaquin Vazquez, por el núm 29, y Juan Enriquez, por el núm. 30; los que juramentados en toda forma, y examinados sucesivamente sobre los puntos á que se contrae esta informacion, declararon unánimes : que en todo el tiempo que llevan de cocheros, transitando de

México á esta villa, jamas han sido asaltados ni robados en la calzada, sin embargo de haber andado por ella infinitas veces á horas muy avanzadas de la noche, ni tampoco han tenido noticia que le haya acontecido á persona alguna. Afirmándose y ratificándose cada uno en esta declaracion, y firmando los que supieron conmigo y los de mi asistencia.— Doy fe.

MARTINEZ. — VICENTE DOMINGUEZ. — FRANCISCO ALCALÁ. — *Asistencia*, CÁRLOS GRACIA. —
Asistencia, FRANCISCO ARGUMOSA.

Tacubaya, Febrero 20 1854. — Entréguese original esta informacion al Sr. regidor D. Ernesto Masson, segun pide en su anterior comparecencia. Así lo mandó y firmó el Sr. alcalde con los testigos de asistencia. Doy fe.

MARTINEZ. — *Asistencia*, CÁRLOS GRACIA. —
Asistencia, FRANCISCO ARGUMOSA.

BENDICION

DE LA PRIMERA PIEDRA DE LA ESCUELA DE TACUBAYA, POR EL ILLMO. SR. ARZOBISPO, Y SOCORRO PRESENTADO A LA ESCUELA DE LA VILLA POR LAS DE BENEFICENCIA DE MÉXICO.

« *Erit vas in honorem, utile Domino;*
« *ad omne opus bonum paratum.* »
S. PABLO.

« Él sera un vaso de honor, útil al Señor,
« preparado para cualquiera obra buena.»

Esta escuela, cuya fundacion no remonta mas que hasta el 5 de Marzo de este año (1), sigue levantándose como por encanto. El pueblo que se interesa en la obra, la hace salir de tierra, (como si usara de algunos hechizos)

(1) Véase el artículo del *Universal* del 17 de marzo, pág. 365.

solo trabajando en ella de faena, los domingos de cada semana. En aquellos dias de general descanso, los diferentes barrios de que se compone Tacubaya, mandan su contingente de hombres. Estos, capitaneados por los varios auxiliares de las dos secciones en que se divide la poblacion, se lanzan al trabajo con el mismo entusiasmo que nuestros soldados á la toma de cualquier fortin.

Todo se hace con órden; y cada uno, ántes de entrar á la faena, da su nombre, el del barrio á que pertenece, y la hora en que se presenta. A las dos horas de trabajar, sale llenando los mismos requisitos. Esta cuenta y razon la lleva muchas veces el mismo Sr. Prefecto, coronel D. Ignacio Carranza. Este digno gefe no conoce el descanso, y todos le ven dirigiendo los trabajos en persona, desde las seis de la mañana hasta las tres de la tarde, sin que sufra desaliento. No se puede presentar un cuadro mas interesante que el que ofrecen en cada domingo mas de trescientos hombres, trabajando alegremente con la fuerza de la voluntad que todo lo vence.

Los edificios que levanta la débil mano del hombre, invocan necesariamente las bendiciones del cielo; y mucho mas los que están destinados á la educacion de la juventud, y que en estos tiempos de general miseria se construyen con materiales de poco costo. Conociendo esta necesidad moral que hay de imprimir ese sello venerando á cualquier obra de esta clase, el Señor Prefecto, por medio de una comision, se dirigió al Illmo. Sr. Arzobispo, para que se dignara venir á bendecir la escuela. Dicha comision la componian el señor magistrado del tribunal de la guerra, Lic. D. Anastasio Zerecero, un regidor del I. ayuntamiento, y el señor secretario del señor Prefecto, Lic. D. Francisco Arciniega. El sumo prelado acogió á la comision con la bondad que le es genial, y le concedió inmediatamente la gracia que solicitaba. Esta feliz idea de impetrar para

la escuela las bendiciones de Su Illma., se la sugirió al señor Prefecto la noticia que tuvo de que el Illmo. Sr. arzobispo se proponia pasar á Tacubaya á administrar el sacramento de la Confirmacion.

Séanos lícito, en premio de nuestra gratitud, hacer por un momento una corta digresion sobre las eminentes prendas que adornan al Illmo. Sr. arzobispo de México, D. Lázaro de la Garza y Ballesteros. Más que ningun prelado, se merece la denominacion de *antiquâ homo virtute ac fide* (hombre de una virtud como de una fé antigua.) Es ilustre ciertamente, pero mas bien por la eminencia de sus virtudes y la superioridad de sus talentos, que por la importancia de su ministerio. Es un hecho confirmado, que el interés que inspiran los hombres grandes se esparce sobre todo el siglo que les vió nacer; y en medio de las turbulencias que nos agitan de continuo, ha sido una gran fortuna para México que ocupara la silla arquiepiscopal un preclaro varon en que se encuentran personificadas la paz y la concordia.

El Illmo. Sr. arzobispo ha tenido la suerte de vivir casi siempre, fuera del círculo de atraccion que traza el torbellino de las sociedades, en que generalmente las almas bien formadas en breve pierden su energía: ha pasado casi su vida en la soledad de las provincias, en la cual fermentó en él, se puede decir, el espíritu de caridad que sobremanera le anima. Concentrado la mayor parte de su vida en el retiro, con el amor al estudio, su talento y unas costumbres puras, adquirió esta constancia de meditacion que ha conservado siempre, con el feliz hábito de reflexionar y de juzgar. Consagrando todos los momentos de su vida al estudio inmenso de la religion, de continuo se dedicó al espíritu de su estado, y nunca á los medios de llegar á los altos honores que la Iglesia tiene reservados á los ministros que la honran.

Estos son los elogios que se merece el Illmo. Sr. arzobispo, y al tributárselos, no lastimarémos mas que su humildad proverbial, pero nunca las convicciones que cada uno tiene de las muchas virtudes que le adornan.

El dia 4 de este mes, de felices recuerdos para los tacubayenses, el Illmo. Sr. Arzobispo, acompañado de su secretario el señor licenciado Don Joaquin Primo de Rivera, de su mayordomo el señor licenciado Don Francisco Villar y Bocanegra, del señor maestro de ceremonias y de solo un familiar, se presentó en la villa de Tacubaya, seguido únicamente de la Comision que le habia ido á esperar mas allá de Chapultepec. Arcos de flores se hallaban formados en todo el camino, y Su Illma. llegó á la parroquia á cosa de las ocho y media de la mañana. Allí fué recibido, segun es costumbre, debajo de palio, por el bondadoso cura de la villa, el señor Chica y Gaitan, y por el simpático párroco de Mixcoac el señor Don Antonio Baijez; y se celebró una misa cantada, en la que el señor cura de Tacubaya pronunció un elocuente sermon, en que hizo resaltar los méritos innegables del sacramento de la Confirmacion que Su Illma. se dignaba venir á administrar. La iglesia estaba completamente llena, y los pobres con sus niños en los brazos, estaban ansiosos de alcanzar la gracia del sacramento prometido.

Terminadas las confirmaciones, el Illmo. Sr. arzobispo se dirigió hácia la casa de su antiguo amigo y condiscípulo, el juez íntegro D. Cayetano Ibarra, no habiendo querido admitir el convite que anticipadamente le habia suplicado aceptara el señor Prefecto. Quiso en este dia Su Illma. pagar un tributo merecido á la sincera amistad que le une con un predilecto compañero de estudios.

En la puerta de la parroquia se hallaba formada la guardia de honor que le corresponde por ordenanza al Illmo. Sr. Arzobispo: la componia parte del brillante batallon

de Tulancingo, de que es coronel el señor Don Joaquin Orihuela y teniente coronel el señor Don Miguel Camargo, gloriosamente mutilado en la guerra de los americanos.

Conociendo el señor Ibarra cuán poco amigo es Su Illma. del fausto y de las grandes concurrencias, tan solo habia reunido en su casa un muy corto número de amigos suyos íntimos, en el cual se contaban el señor general Don Manuel Andrade, el señor cónsul de Venezuela Don Narciso Martin, el señor licenciado Castañeda y Nájera, el señor coronel Don Agustin Ricoy, los señores curas, el señor Prefecto de Tacubaya, y algunos miembros del Ayuntamiento.

Todos al ver á Su Illma. complacido, experimentaban la dulce satisfaccion que se esparce naturalmente en los ánimos, á presencia de un prelado, emblema de todas las virtudes. En la mesa se sentó el Illmo. Sr. Arzobispo entre su buen amigo el señor Don Cayetano Ibarra y el señor Prefecto. Acostumbrado Su Illma. á una vida alimenticia casi de anacoreta, comió muy poco, segun lo tiene de costumbre; pero su semblante bondadoso, en que está retratada la quietud de su alma, expresaba claramente el contento ascético que interiormente resiente Su Illma. cuando acaba de cumplir con uno de los sublimes actos de su sagrado ministerio.

Despues de la comida, se retiró Su Illma. un momento á descansar de lo mucho que sin duda se habia fatigado desde las ocho y media de la mañana, hasta cerca de la una de la tarde, hora en que salió de la iglesia. A las cuatro, el Sr. Prefecto acompañado del I. Ayuntamiento, del Sr. Juez de letras Lic. D. Manuel Villamil, de los Sres. jefes y oficiales de la guarnicion, y de otras personas notables de la poblacion, se presentó de nuevo en la casa del Sr. Ibarra, donde en breves palabras, dió á conocer su agradecimiento por los muchos favores que Su Illma. se

dignaba dispensar á Tacubaya. Contestó Su Illma. al señor Prefecto con visible enternecimiento, diciéndole que siempre estaria dispuesto á hacer para la educacion de la niñez, cuanto dependiera de él, sea en lo temporal, sea en lo espiritual. Esta promesa tuvo su pronto verificativo en la graciosa concesion de indulgencias que hizo á favor de los que trabajaban de faena en la construccion de la escuela, de los que contribuian con algun donativo, y de los que cooperasen de alguna manera; las cuales indulgencias habian sido solicitadas por el Sr. Prefecto, como premio de los trabajos del pueblo.

Toda la comitiva se dirigió hácia el lugar donde se está fabricando la escuela, y en donde se habia improvisado un salon cubierto con vela. En todos los andamios brillaban los colores nacionales, que si bien recuerdan algunos azares tristes, tambien traen á la memoria dias de gloria mas venturosos. ¡Las mismas águilas del gran Napoleon no siempre fueron victoriosas!...

En este tosco salon se encontraban reunidas todas las señoras de Tacubaya, y en una mesa se hallaba adornada con flores y listones de varios colores, la piedra de cantería que tenia la suerte por su órden arquitectónico, de recibir las bendiciones del venerable prelado. Concluidas las oraciones que deben penetrar hasta la misma piedra, el Sr. Prefecto, el Sr. D. Narciso Martin, cónsul de Venezuela, el Sr. Lic. Castañeda y Nájera, y el Sr. juez D. Cayetano Ibarra, seguidos del Illmo. Sr. Arzobispo, llevaron la piedra al lugar que le estaba destinado, y donde cuidadosamente la colocó el apreciable auxiliar de Tacubaya, y maestro de obras, D. Pedro Vazquez. Miéntras duraba esta operacion material, el Illmo. Sr. Arzobispo dijo otras oraciones que son las que consolidan las obras perecederas de los hombres.

Despues de estas ceremonias, el Illmo. Sr. Arzobispo

tuvo la bondad, caminando por un suelo desigual y resbaladizo, de bendecir el cimiento longitudinal que se habia abierto, sin atender en lo mas mínimo á la fragosidad del terreno que pisaba.

Vuelto Su Illma. en frente del salon donde se hallaban sentadas todas las señoras, tuvo la suma complacencia de dar un paseo circular para darlas á besar el anillo pastoral que brillaba en su venerable mano.

De allí, Su Illma. tomó de nuevo el camino de la iglesia, donde le aguardaba con ánsia una multitud de pobres que se habian retardado, y que solicitaban para sus hijos el sacramento deseado de la Confirmacion. Con el mismo fervor evangélico, y no acordándose ya del cansancio de la mañana, administró Su Illma. el sacramento de la confirmacion, en medio de la mas incómoda apretura, compañera obligada de estas funciones religiosas.

Hasta las seis de la tarde se prolongaron los trabajos árduos de Su Illma., sin que en su apacible cara se notara la menor señal de impaciencia que su corazon religioso no conoce.

A esta hora tuvo la poblacion el dolor de ver despedirse de ella al mas cumplido de los pastores de la Iglesia, que le dispensó el inefable favor de pasar todo un dia en una villa, cuya memoria agradecida nunca pondrá en olvido el grato recuerdo de su inapreciable visita.

Al lustre de esta funcion que tuvo lugar el dia 4 de este mes, siendo el segundo de la fundacion de la escuela, contribuyeron durante todo el dia las músicas de Atzcapozalco, Tacuba, batallon de Tulancingo y la muy selecta de los Granaderos, con que el apreciable coronel de este cuerpo, el Sr. D. Agustin Zires, quiso obsequiar á su íntimo amigo el Sr. Prefecto.

Tambien en este dia verdaderamente venturoso para Tacubaya, el Sr. D. Manuel Escandon, presidente del ilus-

tre Ayuntamiento de la villa, se ofreció graciosamente á costear toda la cantería que podia exigir la escuela de niños, de que es muy debidamente el generoso padrino.

Otro incidente vino en la tarde del domingo, dia 7 de este mes, á completar para la escuela futura, la era en que habia entrado bajo tan sagrados auspicios.

Más de trescientos niños de las escuelas de beneficencia de México, con el Excmo. Sr. general D. Ignacio Sierra y Rosso, sus dignos profesores, el señor cura de Tacubaya y una comision del I. Ayuntamiento á la cabeza, vinieron al són de la música de Mixcoac, á ofrecer, como donativo á la escuela naciente de la villa, la cantidad *de cien pesos* con que querian contribuir para su construccion.

Estos amables niños, cuya presencia enternecia, y venidos á pié desde México para un objeto tan loable, se colocaron en ala al rededor del salon formado sobre el terreno mismo de la escuela; y allí uno de ellos entregó la ofrenda al Sr. Prefecto, quien aguardaba, con todo el Ayuntamiento formado á su lado, el caritativo maná que México se dignaba mandarle.

En seguida el mismo niño se subió á la tribuna puesta en medio del salon, y allí pronunció con voz clara, pero conmovida, un breve discurso que en muchos ojos hizo asomar lágrimas de enternecimiento.

Inmediatamente, el jóven Delahanty, discípulo de la escuela fundada en Tacubaya por el eminente profesor don Juan Montero, dijo un discurso que agradó mucho, y con la misma desenvoltura con que lo pronunciara el mismo maestro.

Tocóle su turno á uno de los niños de la escuela municipal dirigida con tanto tino por el señor preceptor don José María Vera. Ocupó la tribuna el jóven Naranjo, quien dotado de una memoria no comun, pronunció un discurso bastante largo y que se hizo notar por su elegancia, sin

turbarse ni una vez, y marcando las frases de la oracion con pausas muy propias.

Despues de las palabras siguieron las obras: y todos estos interesantes niños de las escuelas de beneficencia de México, se precipitaron alegremente en pos del Sr. Prefecto y de toda la poblacion, á recoger en los campos vecinos las piedras destinadas á la escuela.

Todas las señoras de Tacubaya, la benemérita tropa toda, con sus oficiales á la cabeza, y los vecinos principales, concurren á porfia á estas faenas hebdomadarias; y muy pocos se eximen de un trabajo tan noble en sus fines, y tan transcendental para el porvenir.

En la última faena de este dia, que consistió en recoger las piedras que en todas las tardes de la semana acopian como hormigas los niños de la escuela municipal, se despidieron en medio de los vivas de la poblacion, los niños de las escuelas de México; y guiados por sus meritorios profesores, tomaron de nuevo y á pié el camino de la capital, despues de haber conquistado las simpatías de todo Tacubaya, que les vió alejarse con el mayor sentimiento.

¡Dios quiera que México deje para siempre la senda de las revoluciones, que á nada conduce, para seguir la de los adelantos que, muy en pequeño, presenta la villa de Tacubaya!... Esta mansion privilegiada de S. A. S. aguarda de ella una proteccion que se esfuerza cada dia en merecer.

ERNESTO MASSON.